

La música en la era del *gadget*

Pablo Espinosa

Paisaje antes de la batalla:

Los días de la Ciudad de México amanecen entre bruma y ruido, agua en forma de vapor suspendida en el aire y clamor de cláxones, motores. Bullicio matinal.

Buenos días laurel, muy buenos días metal, bruma y silencio.

La poesía de Efraín Huerta pone orden al tracatracata urbano.

Algo llama la atención entre el paisaje: el paisanaje, es decir, las personas que pueblan el paisaje lucen un atuendo novedoso:

Blancos, rojos, oscuros, amarillos, de color fosforescente, “de marca” o “pirata”: un alambrito que se retuerce suavemente sobre los hombros pende del lóbulo izquierdo, del derecho y ambos alambritos se hacen uno en un punto entre la chamarra y la camisa, el chal y la blusa, la corbata y el botón. La Y se pierde en algún momento en algún punto y solamente vemos las cabezas adornadas con alambres.

¿Qué materia conducen alambres tales?

Hermoso misterio.

Por lo pronto, solamente sabemos que esos atuendos tienen extensiones que suelen ir ocultas, por razones de seguridad. Terminan en un aparato de regular tamaño, de alto costo por lo general. Época violenta, pero musicalizada, la que vivimos.

Los audífonos, entonces, pueden conducir a un Ipod, un aparatito MP3, o bien: MP4, algún teléfono celular que funge las veces de vitrola post-post-moderna, o cualquier artefacto que en su variedad desemboca, como la Y de los alambritos, en una palabra a manera de denominador común y que los nombra a todos: *gadget*.

Pero, continúa el misterio: ¿qué materia conducen esos alambres de colores?

Caras vemos, palpitar de corazones no sabemos.

A menos que el “pandroso” muchachito de pelo rasta, “mata” como le llaman, mueva la cabeza en vertiginosos círculos, sabemos que es reggae lo que escucha, o bien si el de junto a él, de afeitado aún más atrevido, hace pendular su cabeza en frenesí circular (“poguear”, llaman a este acto) sabemos que es puritito heavy metal lo que trae en pleno *gadget*.

Pero no todas las personas se visten de manera coherente con la música que escuchan. Además que resultaría absurdo catalogar géneros musicales en función de vestimentas.

¿Aquel señor con aspecto de licenciado está escuchando a Chico Ché, o una ópera de Wagner? ¿Esa señorita de aspecto dulce y esmirriado, oye a Justin Bieber o el *Winterreise* de Schubert? ¿Ese joven con aspecto de soñador, llora porque sueña en sus audífonos *Tristán e Isolda*, o una canción “pegadora” cantada por Alejandro Fernández?

El asunto es que la profusión de *gadgets* hace evidente un cambio cultural, pone de relieve un tema sobre el que vale la pena regresar una y otra vez: la manera como los humanos escuchamos música.

Por lo pronto, lo que parece lineal resulta poliédrico: cada cambio tecnológico —que cada vez ocurre con frecuencia inusitada— hace aparecer como prehistórico al anterior.

No se trata entonces de medir el impacto en la manera como se reproduce hoy la música: con *gadgets*, en lugar de los tornameas que ni siquiera están en desuso. Por el contrario, están en pleno auge.

Tal poliedro abre sus aristas de manera casi dramática: hay un subtexto en cada cara, un significado ulterior en cada asunto, un tema de interés en cada aspecto.

Lo fundamental entonces estriba en la manera como realmente escuchamos música. Es decir, en la forma en que nos concentramos en un hecho estético. De manera que el medio (*gadget*) queda ubicado en su justa dimensión: mera herramienta diferente.

De lo contrario, nos quedaríamos en un compartimento estanco: el mero consumo, la moda, el sentido de pertenencia, la conformación tribal de la “civilización”.

El poeta Alberto Blanco lo ubica en su justa dimensión: la actitud de las masas asemeja al acto de surfear: escalar la superficie, nunca sumergirse.

Ese anhelo de lo baladí que lleva a la depresión a algunas personas porque solamente tienen veinticinco “amigos” en Facebook, o treinta y siete “seguidores” en Twitter, mientras otros los tienen por cientos, por miles, por millones.

Amigos “virtuales”. El único contacto es la ilusión. La palabra “digital” ya no tiene nada que ver con dedo ni con vegetal, sino con vegetal. Avejentar. Vivir una *second life* en “la red”.

Pregunta necesaria: ¿escuchar música a través de *gadgets* significa escuchar “virtualmente”?

Si atendemos a las expresiones faciales y corporales de las personas que tienen conectados sus oídos mediante alambritos de colores a *gadgets*, podríamos decir que no, que sus respuestas emocionales, psicológicas, viscerales, neuronales son de un realismo exacerbado.

Si nos ocupamos de la calidad de reproducción de lo que escuchan, llegaríamos a una conclusión de orden técnico, pues esos aparatos albergan cantidades astronómicas de tiempo-música que difícilmente alguien alcanzaría a escuchar. Pero lo fundamental

es que para que quepan tales cantidades de materia sonora, es menester compactar, apretujar, alisar, para que quepa.

Que pierda su forma para que quepa mucho y alguien posea ese mucho.

Eso me recuerda la exposición permanente en el puerto de Veracruz de Las Joyas del Pescador: un tesoro que halló una madrugada un hombre común mientras pescaba en los litorales jarochos: había lingotes de oro, orfebrería y brazaletes que los codiciosos “conquistadores” españoles apachurraron con rocas o mazos o martillos, para que cupiera mayor cantidad de oro en cada baúl. La consecuencia: los barcos, por el peso, se hundían más fácilmente. Pecios.

¿La profusión de *gadgets* indica que la sociedad se ha vuelto masivamente melómana?

Porque si uno acude al mostrador para comprar un teléfono celular, le ofrecen todo menos un teléfono. Y lo primero que ofrece el vendedor es la música. Después, la posibilidad de “chatear” (¿será un equi-

valente moderno de cantinflear?, ¿decir por decir, en la red, sólo por estar, por ser, aunque no se diga nada en realidad, chato?) o deprimirse porque en la red tendrán pocos amigos en comparación con los que son famosos. Aspiraciones de tuitstars, feisbuqueiros en potencia.

Y eso no queda ahí. Hay teléfonos celulares donde el usuario puede archivar, editar y reproducir música.

Más todavía: como la música es el arte de compartir, la apariencia de mayor soledad o aislamiento que tuvieron las personas en la calle con sus alambritos pendiendo de sus oídos se desmiente con una modalidad establecida y en pleno crecimiento: YouTube.

Paréntesis necesario: antes de continuar, es menester llamar la atención acerca de un acontecimiento cultural de gran relevancia: la UNAM cuenta con un proyecto, también en expansión, que se llama Descarga Cultura: un archivo maravilloso del conocimiento: el usuario puede “descargar” o “ba-

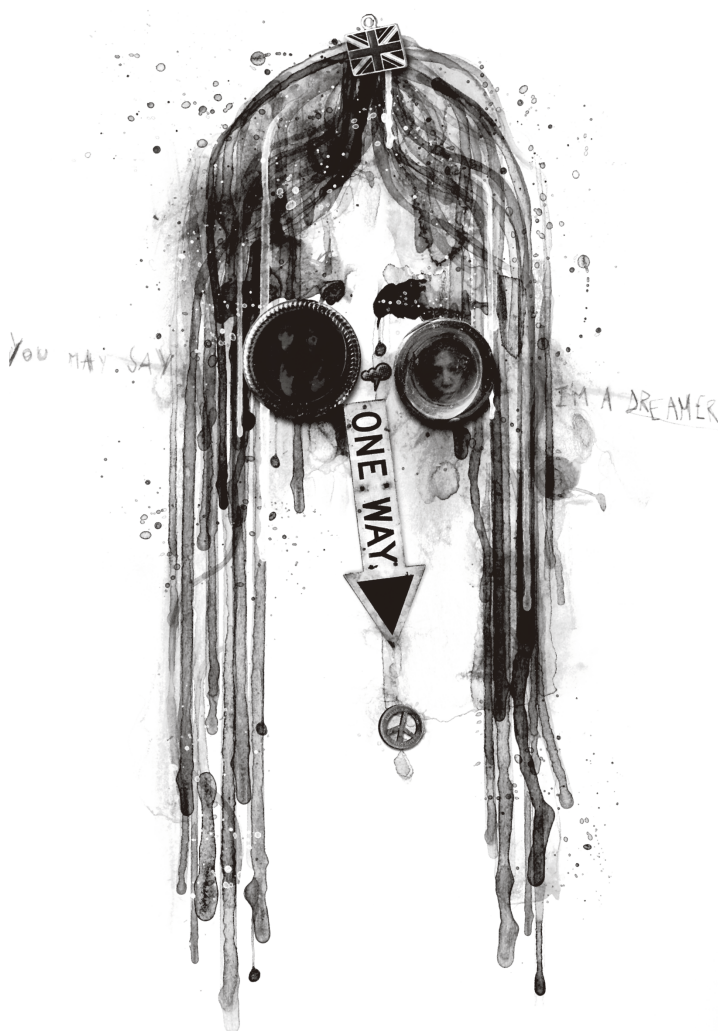
jar” a sus *gadgets* (celular, iPod, iPhone, *tablet*, *laptop*, computadora) música de excelencia, además de literatura (www.descargacultura.unam.mx).

Regresemos a YouTube: la cantidad y variedad de materiales que se acumulan cada minuto en esta red interminable incluye por igual el éxito popular del momento que los materiales de archivo jamás soñados.

Nadie prácticamente puede acumular en su casa materiales grabados, bajo cualquier soporte o formato, como los que se obtienen en YouTube. ¿Ejemplos? Usted teclea Bruckner en el “buscador” de ese sitio cibernético y tiene ante sí un concierto de ensueño: la *Novena sinfonia* de Bruckner, en video, dirigida por Wilhelm Furtwaengler y luego por Eugen Jochum y enseguida por Sergiu Celibidache. Y así en una cadena sinfn.

Ah, pero ahí fue donde la polka torció el megabyte:

Las limitaciones tecnológicas. Bueno, seamos optimistas: los avances tecnológi-



Pablo Bernasconi, *John Lennon*



Pablo Bernasconi, *Luciano Pavarotti*

cos hasta el momento permiten escuchar sólo fragmentos de lo fragmentado: “cápsulas” de corta duración (entre dos y doce minutos, ¿es mucho o poco?) con sonido “comprimido”. Todo para que quepa en “el ciberespacio”.

Mientras tanto, la posibilidad de socialización de este recurso resulta fascinante, pues uno puede compartir esos materiales a través de varios canales: enviar por correo electrónico a los amigos, o bien “subir” a Facebook o difundirlo a través de Twitter.

Surgen así verdaderos programadores de emisoras espontáneas, estaciones instantáneas de radio o de televisión dirigidas por una sola persona, que puede ser usted, yo, cualquiera, que adquiere el poder del copy-paste: copiar el enlace o *link* (nótese, asimismo, que el cambio cultural nos arrastra en el neocoloniaje a través del idioma) y mandarlo al ciberespacio, a los muchos o pocos “amigos” que están “conectados” a la red.

Y ahí sí, en función de la cultura musical del programador en turno, el díyei de ocasión, quienes lo “sigan” en Twitter o sean sus “amigos” en Facebook disfrutarán de música que ya conocen y disfrutaban juntos o, mejor: conocerán opciones a las que de otra manera no tendrían acceso y no solamente enriquecerán sus conocimientos musicales, sino incrementarán sus placeres.

Lo que antes eran reuniones entre amigos, melómanos o iniciados, para realizar escuchas de música en la intimidad del hogar, ahora son rituales multitudinarios a los que tienen acceso todos aquellos “conectados”.

Pero esto es mera apariencia. Una experiencia virtual. Fragmentos. Polvo en el viento.

La revolución tecnológica, amaridada con los fenómenos de consumo, aparentan avance cultural. Es tan sólo un surfear. No se conoce el fondo.

¿Cuál es el estadio anterior, es decir, cómo escuchaban música las personas antes de la fiebre del *gadget*?

El disco compacto y su complemento el DVD continúan en la cima. Mientras muchos gustan de términos categóricos del tipo “el fin de la historia”, la extinción del disco compacto, el cataclismo universal, lo cierto es que, en la recta final del año 2011, la industria de la música sigue produciendo

discos compactos en cantidades que contradicen su supuesta extinción.

Y en contraparte, también es cierto que cada vez mayor número de personas escuchan música a través de *gadgets* y cada vez menos compran discos, o bien, escuchan música a través de reproductores de sonido de calidad. Y ya que hablamos de calidad, vale la pena recordar que la calidad de sonido, la posibilidad de escuchar música grabada con calidad de sonido la perdimos con el disco de acetato.

A la fecha, escuchar un disco de acetato sigue siendo la experiencia más placentera, fascinante, increíble e insuperable de disfrutar música grabada.

El poliedro crece, la dramaturgia toma tintes de drama y de tragedia: las tiendas de discos como centros culturales están en franco peligro de extinción (el caso más doloroso y puntual es la Sala Margolín de la Ciudad de México) y dan paso a transnacionales, a cadenas de tiendas de magnates, al pez grande que devora al chico.

Las secciones de música de calidad (léase “clásica”, jazz, música no comercial) están desapareciendo en esas tiendas, para dar paso a música muy cercana a lo desechable, a la basura, al mero consumo indiscriminado y automática.

Caso semejante a la desaparición de librerías como fuentes de cultura para dar paso a una suerte de boutiques o pequeños *malls* donde lo último que importa es el libro o el disco de calidad, lo que prima ahora es el valet parking, el restaurante “de lujo”, la librería convertida en pasarela.

En México cierran librerías que eran de cultura mientras se abren *minimalls* para mostrarse en sociedad como mero consumista. En Estados Unidos, la Meca del neoliberalismo salvaje, acaba de declararse en quiebra Borders, la principal cadena de librerías de aquel país.

Y sin embargo se mueven: los escritores serios siguen escribiendo buena literatura, que será mostrada junto a los libros de autoayuda y otras monerías, mientras las orquestas siguen grabando buenos discos, que serán vendidos junto a los de la estrella efímera de cada temporada.

La manera de escuchar música, entre tanto, ha cambiado de manera notable. Ése es un hecho.

Y como en toda situación cambiante, viva, en continuo movimiento, las especulaciones, los tanteos, los rumores y la desinformación navegan sobre la superficie. Surfean.

Está por estudiarse a fondo, por ejemplo, el efecto nocivo de usar audífonos para escuchar determinada música en lapsos específicos de tiempo. Así como se especula en este instante con supuestos efectos nocivos al cuerpo humano que sería causado por el uso de teléfonos celulares, así también penden amenazas inciertas, espadas de Damocles falsas, penurias sin cuento en cuanto a la música reproducida a través de *gadgets*.

Lo que es un hecho es que quien escucha música a través de audífonos queda aislado.

Si está en su oficina, no escucha el timbre del teléfono y no contesta, o bien no atiende correctamente sus labores.

Si está en la calle, caminando, corre peligro: no escucha el claxon del coche que se aproxima, la sirena de la patrulla que corre veloz, el tururú del tren del Metro que se aproxima a la estación, y el metronauta con audífonos sin darse cuenta ha invadido la zona de peligro, se ha aproximado al abismo eléctrico.

O bien: si está en un parque, una zona arbolada y linda, no disfruta del trinar de las aves, del zumbido de las alas del colibrí, del cantar del agua en la fuente.

Por lo pronto, la vida con *gadgets* brinda un galope a caballo entre la tecnología de punta y el ardor que raspa: escuchar música con audífonos (los Seinnheiser siguen siendo insuperables) en el Ipod puesto en modo aleatorio es una experiencia preñada de sorpresas y delicias: un adagio de Mahler sucede a un guaguancó cubano, para que enseguida suene Astor Piazzolla y luego un cuarteto de cuerdas de Bartok y enseguida un soliloquio al piano de Keith Jarrett y sentir una lágrima tibia en la mejilla porque ahora suena Arvo Part.

Y entonces uno se funde en el paisaje, se confunde entre el paisanaje, se interna en la jungla urbana, urbe ubérrima ubre, con la magia invisible que transita por las venas exteriores: esos alambritos que nacen en el vientre, el pecho, la bolsa exterior de la camisa, y se meten en el alma a través de los oídos. ■